

LA CONSTELACIÓN DEL CISNE

La lluvia se convirtió en tormenta. El jardinero que podaba las rosas tuvo que recorrer el camino de tierra para resguardarse bajo el toldo. Empezó a limpiar con un paño rojo las ventanas de la mansión y a través de ellas vio el salón. Se fijó en la lámpara de araña que un día ayudó a transportar, en el techo, en las paredes blancas y en las estanterías llenas de libros. Deneb llevaba poco tiempo trabajando allí y había tenido pocas oportunidades de ver la habitación, además, las cortinas siempre solían estar echadas.

A veces lloraba recordando su pasado. Tenía que soltar toda la carga que llevaba encima.

- Quieta, joder.

La puerta del salón se había abierto. En el suelo se proyectaban dos largas sombras gritando.

- Acabo de llegar, estoy aquí para hacerte compañía, por eso te pregunto qué vas a hacer con esta casa.
- No te importa, joder.
- Estás de mal humor. ¿Quieres que me vaya?
- Quédate.

Las sombras fueron cerrándose y aparecieron dos personas, un hombre y una mujer. El hombre era el dueño de la mansión, una persona excéntrica y hermética. Deneb no sabía nada de él, sólo cierto día estaba vendiendo pingüinos de plástico en la arena y apareció. Las olas se detuvieron mientras hablaban, él le pidió que lo acompañase, quería darle trabajo y casa. Deneb rechazó su propuesta porque no se fiaba. A los días apareció en la playa de la Venus, esta vez Deneb estaba tumbado en una hamaca con los pingüinos clavados en la arena. El hombre, Sadir, se tumbó en otra y se quitó las gafas para dejarlas encima de su pecho. Ninguno dijo nada. Cuando anocheció Deneb se puso en pie. le preguntó que qué quería, Sadir levantó la vista y con una sonrisa le invitó a seguirlo. Desde ese día, pasó a vivir en una pequeña cabaña en el jardín y a trabajar para él.

La mujer vestía de verde, una pinza recogía su pelo y sus labios traspasaban las fronteras de la imaginación. Deneb no sabía quién era, pero sentía el deseo de conversar con ella y verse reflejado en aquellos ojos.

Los dos se sentaron en un Chéster, la mujer acercó su mano al pecho de Sadir.

- Si quieres hablar solo tienes que pedírmelo,
- Necesito compañía, nada más. La soledad me mata, Giannah.
- Siempre voy a estar a tu lado, te quiero.

Deneb empezaba a sentirse incomodo espiando a su jefe, quería apartar la vista cuando los primeros relámpagos aparecieron en el cielo como una señal para que dejase de observar. Se marchó a su cabaña a leer “A sangre fría” hasta que el sueño y la lluvia pudieron con él en la página 216.

Al día siguiente el cielo estaba despejado, Deneb se puso a terminar de podar. Ciego por la curiosidad recorrió de nuevo el camino de tierra hacia la ventana. Allí, sus ojos resplandecientes se enrojecieron. Había un cuerpo. Sadir, su jefe, yacía en el suelo con una navaja clavada en el pecho. Estaba petrificado, le recordaba tanto a la muerte de sus padres y sus hermanos que se desvaneció y no se levantó hasta pasada media hora.

Deneb entró al salón muerto de miedo para tratar de ayudarle, pero el cadáver de Sadir ya no estaba. Tan solo permanecía el arma homicida.

Rompió a llorar, no lo conocía apenas, pero era todo para él, era su salvador. A Sadir lo habían asesinado y no había ningún cuerpo ni más sospechosos que el propio Deneb.

Cuando su tormenta interior amainó empezó a pensar que había una sospechosa, la mujer que estuvo ayer con él era, posiblemente, la última persona que vio con vida a Sadir y, en ese caso, sería la asesina. No sabía por qué, pero deseaba que aquella joven no fuera la asesina, por alguna extraña razón tenía la necesidad imperiosa de pensar que ella era inocente.

Los periódicos hablaron de Sadir a los tres días. El cuerpo del multimillonario turco había aparecido desnudo en las rocas del puerto deportivo, lo habían encontrado un grupo de adolescentes durante la noche.

Deneb se encontraba en su cabaña, llevaba más de cuarenta y ocho horas encerrado.

El primer día limpió los restos de sangre del salón y la navaja, luego se sentó en el Chéster, allí empezó a recrear en su cabeza todo lo que vio a través de la ventana, buscando cualquier detalle, hasta rendirse llegada la noche y quedarse dormido sobre el reposabrazos.

El segundo día se levantó tras soñar que aparecían la esposa y los hijos de Sadir. Solo sabía que estaban de viaje visitando a la madre enferma de Rebeca, la mujer de Sadir, no conocía la fecha de regreso, ni siquiera los había visto nunca, llevaban más de un mes fuera. Pensó que tal vez podrían aparecer de un momento a otro y no tendría ninguna explicación lógica que darles si le preguntaban dónde estaba Sadir. Así que se puso a maquinar un plan por si llegaba la familia. Motivado por su creciente afición literaria y sus ínfulas de investigador, buscó información en la biblioteca personal de Sadir, leyendo archivos de periódicos o premisas de novelas negras. Cansado ya, se rindió a las cuatro horas y recurrió a Internet. Llegada la madrugada había terminado de trazar una sólida historia para explicar la ausencia de Sadir. El tercer día había llegado y con él la portada de todos los diarios con la misma trágica noticia de la misteriosa muerte del multimillonario.

Deneb estaba preparado para lo peor. En los días posteriores al asesinato podría haber huido de la mansión, pero había una fuerza mayor que lo retenía allí, sabía que ese impulso de permanecer en la cabaña podía costarle la libertad, pero sentía que no podía abandonar la mansión, que sería un acto desleal hacia Sadir. La vida que tenía jamás la hubiera soñado en Senegal.

Deneb llegó a Marbella diez años atrás, tras morir sus padres, huyó del país junto a sus cuatro hermanos y su hermana pequeña. Embarcaron en dos pateras unos sesenta senegaleses de Dakar y Thiès. Al poco de embarcar, las aguas los arrastraban de un lado para otro, las piernas y los brazos empezaban a pesarles más y lo peor ocurrió cuando al cuarto día, Deneb sintió la necesidad de comer. Miró a sus hermanos buscando apoyo, pero todos estaban derrotados. Su hermana estaba a punto de desfallecer, tenía dieciséis años, su cuerpo no aguantaba ni un segundo más la fuerza del mar.

- Hermana, estoy contigo, estoy contigo.

Deneb intentaba no gastar sus fuerzas ni derramar lágrimas, pero no pudo soportar ver a su hermana desvaneciéndose en sus brazos, mientras pensaba que sus otros hermanos, exhaustos, también morirían.

- Fawaris, vas a recuperarte. Vamos a ir a un lugar mejor, todos, Fawaris.

El día que llegaron a las costas malagueñas, tres de los sesenta senegaleses habían fallecido. Salieron como pudieron de las pateras, desde la lejanía solo se veían sus huesos, algunos se tropezaban nada más bajar, otros intentaban esquivar las piedras como si hubiesen vuelto a adentrarse en un campo de minas, los más débiles se caían al intentar huir de las olas y empezaban a avanzar arrastrándose en la orilla. Cuando todo obstáculo parecía haber desaparecido, comenzaron a aparecer más y más fronteras invisibles.

A los pocos meses murieron de una enfermedad nutricional dos de sus hermanos, al año murió el tercero de gripe y, al final del mismo año, el último de ellos fue asesinado en una pelea, acusado de haber robado dinero.

Deneb estaba solo, no tenía a nadie. Pasaron nueve años y Sadir apareció en su vida para acabar con el vacío. Pero Sadir también había acabado muriendo. La esposa y los hijos de Sadir llegarían de un momento a otro, seguramente acompañados de la policía. Había planeado a la perfección todo, cuando llegase la policía contaría que limpiando las ventanas vio el asesinato, que no se fue a su cabaña a leer, que siguió observando a Sadir y a la mujer, hasta que esta le clavó una navaja asesinándolo, que fue a socorrer a su jefe, pero la mujer lo dejó inconsciente y que al despertarse tan solo quedaba el arma homicida y los rastros de sangre. Asumiría haber limpiado la escena del crimen, los nervios le habían podido. Afrontaría cualquier pena que le pusieran, él tenía la culpa. Sabía perfectamente que lo último que haría sería huir. No huiría otra vez.

- ¿Quién eres? Las manos delante, dónde pueda verlas. No te muevas, no te muevas.

La policía ya estaba allí. Cuatro agentes con la pistola desenfundada irrumpían en la cabaña. Había llegado la hora, debía empezar a contar lo sucedido, pero no podía, hincó las rodillas en el suelo echándose a llorar.

Aparecieron cuatro personas. Deneb no las veía, los ojos, los músculos e, incluso, las articulaciones no le respondían.

La mujer, los dos hijos y la hija de Sadir, habían llegado

La policía levantó a Deneb del suelo tomándole por los brazos para ponerle en pie.

- Espera, tú..., tú eres quien me salvó.

Deneb alzó la cabeza y vio a una joven mujer. Era la misma que hace días estuvo con Sadir. La última persona que lo vió con vida. Deneb sabía con total convicción que ella era la asesina. Ella le había arrebatado la libertad.

- Soy Giannah, me salvaste de pequeña, fue hace unos siete u ocho años ¿No te acuerdas?

Deneb tuvo en ese momento una punzada en el corazón. Empezaron a desaparecer todos los pensamientos oscuros que rondaban su cabeza.

- Esperad, este hombre no creo que esté aquí para robar, no puede haber sido el asesino de mi padre. Me salvó, debe de haber una explicación.

- Señora, nadie ha dicho que sea el asesino de su padre, ni un ladrón, tan solo nos lo llevamos a comisaría para interrogarlo. Dos agentes se quedarán aquí con vosotros por si aparece alguien más, quedaos aquí en el salón.

La mujer lo miraba a los ojos desesperada. Se acababa de acordar, hacía ya siete años que ocurrió.

Las olas chocaban con fuerza entre sí, las ráfagas de viento fuerte eran constantes, era pleno julio, pero no había ni una sola toalla en la playa. Deneb estaba vendiendo pingüinos por un paseo marítimo casi desértico, iba tarareando una melodía de cuna, con la mirada inclinada y con los ánimos por los suelos. Hacía tres años de la muerte de su hermana pequeña, no podía sacarse de la cabeza el último latido de su corazón. Miró hacia el mar, allí estaría nadando entre delfines, envuelta en algas, sería feliz y no le faltaría de nada, sabía que su hermana estaría descansando en paz. Por un momento le pareció verla entre las olas, intentando huir de ellas y de la muerte. Aunque parecía una ilusión, soltó todo lo que tenía para ir corriendo a socorrer a la chica que se hundía entre la espuma. No podía ver morir a su hermana otra vez.

En ese momento, la niña que salvó hace siete años estaba a su lado. La hija de Sadir. La joven mujer que estuvo con Sadir la noche antes de su muerte, fue la niña que él mismo salvó de morir ahogada. Le empezaron a venir imágenes de su pueblo natal, de su madre criándolos, de la alegría de su padre, de las canciones que cantaba en la madrugada con

sus hermanos, del día que volvió a sentirse libre al llegar a Marbella, de las noches con olor a jazmín y salitre acompañado de un par de espetos, de los bocadillos, el chocolate y de las dos últimas semanas viviendo en la cabaña. Su vida no había sido tan mala como pensaba, siempre había imaginado que cuando llegase el final solo podría recordar fatalidades, pero su mente no hacía más que sonreír mientras sus ojos se limitaban a llorar.

- Hermana... ¿Por qué mataste a Sadir?